



Título: El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo

Autor: Irene Vallejo

Año: 2019

Editorial: Debolsillo y Siruela

Ciudad: Montevideo

Páginas: 452

En la actualidad en la mayoría de los hogares hay un libro; en otros, grandes bibliotecas están pobladas por diversas obras, relacionadas a los intereses o a las necesidades del lector. Los dispositivos electrónicos nos habilitan con un clic el acceso a un sinfín de obras que habitan la web. El ocio, la formación, la curiosidad son algunos de los motores que llevan al inminente lector al encuentro con el libro. Sin embargo, esto no siempre fue así. El ensayo publicado por Irene Vallejo, premiada escritora española, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, nos ofrece un recorrido por el mundo antiguo y los avatares respecto al surgimiento de los libros.

El libro referido es una verdadera reconstrucción arqueológica, que da cuenta de la importante investigación llevada a cabo por la autora. Esta filóloga expresa mediante su obra la esencia misma de su profesión, ya que logra reconstruir de una forma brillante un enorme recorrido por el mundo antiguo, el surgimiento del libro, de la escritura y la lectura, así como de los componentes culturales que paulatinamente fueron construyendo cada época y cultura.

Es curioso el ejercicio de deconstrucción al que nos invita de manera sutil esta obra. Como lectores, la praxis de la lectura incorporada naturalmente, ese ejercicio silencioso en el que, como en una danza, nos sumergimos en el encuentro con un libro no siempre tuvo esa forma. «Leer construye una comunicación íntima, una soledad sonora que a los ángeles les resulta sorprendente y milagrosa, casi sobrenatural. Dentro de las cabezas de la gente, las frases leídas resuenan como un canto a capela, como una plegaria» (Vallejo, 2019, p. 609). Entrar en otro mundo,

sintonizar con otras épocas, con formas distintas de llevar a cabo esta práctica es un elemento muy estimulante al que nos invita Vallejo.

Esta obra cuenta con dos grandes momentos, bajo los que podríamos decir que se organiza. Uno está relacionado con Grecia, a los acontecimientos inaugurales respecto al surgimiento del libro y toda la visualización a futuro que comienza a gestarse. El segundo momento refiere a lo que ella denomina «Los caminos de Roma», capítulos donde, en el marco de períodos turbulentos, los libros sufren distintos destinos y toman nuevas formas.

Las páginas de este libro están pobladas por héroes y antihéroes, Alejandro Magno, Ptolomeo, Cleopatra y Marco Antonio, Ulises, Aquiles, Platón, Aristóteles y otros tantos, a través de los cuales Irene Vallejo nos mostrará cómo vivía el pensamiento clásico y cómo iba aggiornándose.

Los primeros escritores y lectores fueron pioneros en un mundo donde la oralidad pujaba fuerte por sostenerse como la forma de transmisión de conocimiento. Ante un mundo donde la oralidad luchaba por permanecer, la escritura sufrió cierto estigma. En el mundo antiguo lo nuevo era percibido como algo que amenazaba el progreso, pero justamente la escritura surgió como un elemento que alargaba la memoria, impidiendo, como plantea la autora, que el pasado se disolviera para siempre.

En períodos de expediciones y conquistas, el joven macedonio Alejandro Magno, movido por una gran necesidad de fama y admiración, al parecer fanático de Aquiles y de la *Iliada*, funda la Alejandría de Egipto. Logra en tan solo ocho años un historial de conquistas, lo que constituyó una verdadera hazaña bélica. Alejandro soñaba con tener una leyenda propia, entrar en los libros y así permanecer en el recuerdo. Ptolomeo, compañero de expedición de Alejandro, se instaló en Egipto (luego de la muerte de Alejandro) y destinó grandes riquezas a levantar el Museo y la Biblioteca de Alejandría.

La asimilación cultural se gesta a partir de los caminos generados por el comercio, la educación y el mestizaje que se congregaba allí. Distintas creencias, costumbres y formas de vida comenzaron a arraigarse en los territorios conquistados por Alejandro. *Helenismo* fue el nombre que se adjudicó a esa primitiva globalización. La Biblioteca de Alejandría nació de cierta manera como elemento que acompañaba a esta nueva forma de vivir en la civilización clásica, ampliando las relaciones humanas.

El Museo de Ptolomeo fue una institución muy ambiciosa en el helenismo, se convirtió en una forma originaria de centro de investigación. Los mejores escritores, científicos, filósofos de la época eran invitados, se les otorgaba un puesto de por vida remunerado, con el fin de que allí se desarrollasen nuevas formas de saber. Los pensadores tenían acceso a un sinfín de textos con los cuales aprender *el oficio de pensar*. Así, la biblioteca fue concebida como un espacio desde donde partirían las rutas hacia el futuro.

Los juncos de papiros que crecían a las orillas del Nilo fueron el material con que los egipcios descubrieron que podían construir hojas para la escritura. La literatura fue escrita en rollos de papiros durante siglos por griegos, hebreos y romanos. La escritura buscó infinitas posibilidades de soporte, entre ellas se escribió sobre piedras, madera, metal, incluso sobre barro; el rollo de papiro fue un notable avance, dotado de una flexibilidad y ligereza que hacía su transporte accesible.

La aparición de las bibliotecas, las innovaciones en relación con los materiales, la forma de acopio, preservación, orden y selección de libro surgieron allá y entonces como elementos novedosos, rarezas de aquella época que hoy forman parte de nuestra vida cotidiana.

La globalización romana, mediante la cual se comenzaba a atravesar continentes, desiertos, montañas y mares, promovió lectores de lejanos territorios. En las urbes, se instalaron bibliotecas en los baños romanos

que se convirtieron en un centro cultural y de entretenimiento, con lo cual emergió un gran impulso de universalización y acceso a los libros.

Resulta paradójal que, en el afán de los romanos de conservar los géneros de la literatura griega, lograron realizar una mezcla sin precedentes, volviéndose en sí originales. «En Roma se anudó un hilo que todavía nos entreteje con el pasado y con otras culturas, lenguas, horizontes» (Vallejo, 2019, p. 362).

Considero que la lectura de esta obra nos brinda como lectores valiosos aportes. No solo por todo el contenido literario y de investigación que ella alberga, sino por la mera experiencia a las que nos invita. Además de dar cuenta en sus páginas de las infinitas ventajas que trae al ser humano la lectura, logra resaltar el valor de los libros como elementos sagrados, que dan vida y nos heredan distintos relatos, saberes y experiencias que se immortalizan a partir de ellos. En un pasaje la autora refiere al libro como un invento milenario que ha sobrevivido hasta la actualidad, dato por demás curioso y acertado.

Vallejo plantea que el universo entero puede caber en los surcos de una página impresa, donde leer exige creer y crear una historia. Yo sumaría a esta frase, con la que acuerdo plenamente, que es condición muy importante, pensando en lo valioso de la lectura en la construcción de nuestra identidad como psicoterapeutas, tener la avidez por querer conocer y entrar en ese universo. La experiencia de la lectura nos permitirá ampliar horizontes, desestabilizar lo conocido, reafirmar contenidos, evocar distintas miradas, tomar distancia para aproximarnos a la realidad.

Como psicoterapeutas psicoanalíticos, estamos atravesados por la lectura en sus diferentes expresiones. Sería imposible acompañar a un paciente sin el marco teórico de referencia para poder pensar. Como en las bibliotecas antiguas, necesitamos evocar los distintos anaqueles de nuestra mente, para conectar con los contenidos necesarios que la ocasión

y circunstancia amerite. Asimismo, se hace preciso leer en simultáneo todo ese contexto que se desprende de ese aquí y ahora que acontece en la sesión, donde transferencial y contratransferencialmente emerge una lectura paralela. Con los libros y la lectura no solo se han inmortalizado épocas, idiomas y culturas, sino la práctica en sí que como seres humanos nos nutre, el deseo de conocimiento e intercambio.